

INVESTIGACIÓN

La figura del idiota a la luz de la psiquiatría clásica

The Figure of the
Idiot in the Light of
Classical Psychiatry

Axel Cherniavsky*

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES-

CENTRO DE INVESTIGACIONES FILOSÓFICAS- CONICET, ARGENTINA

axel.ch@gmail.com

Resumen

En ciertas ocasiones, la idiotez parece circunscribirse al pensamiento, se define como su ausencia o negación y se vuelve objeto de un juicio de valor negativo. Pero, ¿puede reducirse la idiotez a un defecto mental? Como figura cultural, la idiotez comprende, además de sus manifestaciones en el lenguaje común y la vida cotidiana, al menos un conjunto de antiguos cuadros clínicos, personajes literarios y de las artes visuales en general, y también personajes y conceptos filosóficos. En este artículo proponemos interrogar la historia de la psiquiatría, desde sus textos fundacionales hasta la paulatina desaparición de la idiotez como cuadro clínico durante el siglo xx. Nuestro objetivo consiste en mostrar que, incluso en la psiquiatría más clásica, la idiotez no concernía únicamente a la mente, no consistía necesariamente en una falta o privación, y no era siempre objeto de un juicio negativo.

PALABRAS CLAVE: idiotez, inteligencia, deficiencia, normalidad.

Abstract

On certain occasions, idiocy seems to be circumscribed to thought, defined as its absence or negation, and become the object of a negative judgment. But can idiocy be reduced to a mental defect? As a cultural figure, idiocy comprises, in addition to its manifestations in common language and everyday life, at least a set of old clinical pictures, characters in literature, visual arts and in philosophy, as well as philosophical concepts. In this article, I propose to question the history of psychiatry from its founding texts to the gradual disappearance of idiocy as a clinical picture during the twentieth century. My goal is to show that, even in the most classical psychiatry, idiocy did not only concern the mind, it was not only conceived as a lack or absence, and it was not the object of a negative judgment.

KEYWORDS: idiocy, intelligence, deficiency, normality.

Recepción 04-06-18 / Aceptación 07-02-19

* Axel Cherniavsky es doctor en Filosofía por la Universidad de París 1 Panthéon-Sorbonne y por la Universidad de Buenos Aires. Se desempeña como investigador en el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (Argentina), y como docente en las cátedras de Filosofía contemporánea y de Metafísica en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Fue becario de la Comisión Fulbright, de la Embajada de Francia y de la Région Île-de-France, entre otras instituciones. Como investigador y conferencista fue invitado por diversas universidades de Estados Unidos, Francia y Latinoamérica. Es autor de *Exprimer l'esprit. Temps et langage chez Bergson* (L'Harmattan, 2009), *Concept et méthode. La conception de la philosophie* de Gilles Deleuze (Publications de la Sorbonne, 2012) y *Spinoza* (Galerna, 2017).

Introducción: la idiotez como defecto mental

Hacia finales del siglo XVIII y comienzos del XIX, la idiotez, la estupidez, la tontería se concebían como un defecto mental o intelectual. Así, en la célebre nota de introducción a la *Analítica de los principios*, de 1781, Kant definía la tontería o estupidez [*Dummheit*]¹ como un defecto irremediable, a saber, la “carencia de la facultad de juzgar” (A 133/B 172).² De manera similar, aunque desde un punto de vista psicológico y no trascendental, en su *Tratado médico-filosófico sobre la alienación mental* de 1800, Philippe Pinel consideraba la idiotez, junto con otras formas de alienación mental, “lesiones del entendimiento”³ que representan “el último término de la escala de graduación de la razón”.⁴ Y William Wordsworth, en su balada de 1798, presentaba al “pobre niño idiota” como “medianamente listo” (*half-wise*) o “no tan listo” (*not so wise*).⁵

La tontería, la estupidez, la idiotez parecían circunscribirse al entendimiento o a la mente, se definían negativamente como una falta o carencia, y se juzgaban como un defecto o el último término de una graduación.

Sin duda, el estado actual de la cuestión presenta diferencias con estas definiciones, pero que hay que evaluarlo con cuidado. Luego de observar lo mucho que se ha dicho sobre la tontería [*bêtise*] o estupidez, sin proporcionar un verdadero concepto, Alain Roger se apoya justo en la filosofía kantiana para intentar construir, en su *Breviario de la estupidez*

¹ Salvo indicación contraria en la bibliografía final, las traducciones son nuestras.

² Immanuel Kant, *Kritik der reinen Vernunft 1*, en *Werkausgabe in 12 Bänden*, tomo 3 (Frankfurt: Suhrkamp, 1968), 185.

³ Philippe Pinel, *Traité médico-philosophique sur l'aliénation mentale, ou la manie* (París: Richard, Caille et Ravier, 1800), 135.

⁴ Pinel, *Traité médico*, 166.

⁵ William Wordsworth, “The Idiot Boy”, en *The Complete Poetical Works*, vol. II: 1798-1800 (Boston y Nueva York: Houghton Mifflin Company, 1919), 72 y 75.

de 2008, una definición filosófica y sistemática de la tontería, la estupidez, y también, de la ingenuidad. Simplemente, Roger no recurre a la lógica trascendental, sino a la lógica clásica. Si la razón, en su uso trascendental, no puede evitar producir ilusiones que le son propias, a saber, las ilusiones trascendentales, tampoco puede evitar ciertos excesos que conciernen a su uso lógico. Éstos son la tontería, la estupidez y la ingenuidad, definidos por Roger, respectivamente, como un abuso del principio de identidad, un abuso del principio de contradicción y un abuso del principio del tercero excluido.⁶ Roger insiste en el hecho de que estos fenómenos no reposan en una “deficiencia” o una “falla” [*défaillance*], sino, como las ilusiones trascendentales, en un abuso, un exceso.

Una vez consideradas sus definiciones, uno podría preguntarse si este exceso en el uso de los principios lógicos no equivale a una falla en su regulación, un problema en su aplicación, como afirmaba Kant, para empezar, en síntesis, a la ausencia de una crítica. Por lo demás, no quedan dudas de que los abusos en cuestión conciernen a la “razón lógica”, más precisamente al intelecto o al juicio; tampoco de la evaluación negativa que Roger realiza contra ellos, como se observa gracias al uso del término “exceso” o “abuso”.

Cuando Clément Rosset afirma en su *Tratado de la idiocia* de 1977 que la bobería [*sottise*], el cretinismo, la estupidez o la imbecilidad —todas expresiones utilizadas por él— son “activos”, “positivos”, “de naturaleza intervencionista”,⁷ nos formulamos la misma pregunta. Rosset entiende que la bobería no tiene nada que ver con una inteligencia “adormecida” o “anestesiada”. Al contrario, el bobo es inteligente y su inteligencia es “atenta”, “ágil”, “vigilante”.⁸ La prueba de ello, cree Rosset, reside en que el imbécil suele conseguir lo que se propone. Simplemente, aquello

⁶ Alain Roger, *Bréviaire de la bêtise* (París: Gallimard, 2008), 40.

⁷ Clément Rosset, *Le Réel. Traité de l'idiotie* (París: Minuit, 2004), 176-177.

⁸ Rosset, *Le Réel*, 176.

que se propone es más bien el acto de cortar la rama en la que está sentado.⁹ Entonces, además de que aquí la bobería sigue concerniendo a la inteligencia y continúa con una valoración negativa, ¿en qué medida esa “actividad”, esa “positividad”, no corresponden en realidad a la privación de cierta sensatez, a la falta de cierto espíritu crítico?

Siete años antes, en las antípodas del tratamiento de Roger, Michel Foucault afirmaba en “*Theatrum Philosophicum*” que la tontería [*bêtise*] es a-categorica.¹⁰ No lo hizo anticipando sus propios trabajos sobre la locura y los anormales, sino en ocasión de una reseña conjunta de los libros de Gilles Deleuze, *Diferencia y repetición* y *Lógica del sentido*. ¿A qué se refiere? Foucault ilustra su tesis con los personajes de Gustav Flaubert: Bouvard y Pécuchet. Sus tonterías no consisten en un error, es decir, en la confusión de algo posible con algo necesario, por ejemplo; implican la confusión de la totalidad de lo posible con la totalidad de lo necesario. No se confunden al aplicar las categorías kantianas, sino que, en cierto sentido, las ignoran por completo. Por eso, en conclusión, son seres a-categoricos. No erran, técnicamente, sino que fallan.

La tesis de Foucault implica una privación (de las categorías), una falla o confusión (el juicio que las ignora), y no por exceder el marco de las categorías, excede el ámbito del juicio o del intelecto. Tal es, justamente, el problema, a saber, la posibilidad de un juicio a-categorico. Pareciera entonces que la concepción de la tontería que Foucault se limita a consignar piensa la tontería como un defecto intelectual, que sería deseable corregir o evitar.

Para asegurarnos, debemos sopesar directamente los textos a los que refiere Foucault: los desarrollos de Gilles Deleuze en torno a lo que llama “las desventuras del pensamiento”,¹¹ y si consideramos textos posteriores,

⁹ Rosset, *Le Réel*, 178.

¹⁰ Michel Foucault, “*Theatrum philosophicum*”, en *Dits et écrits I* (París: Gallimard, 1994), 960.

¹¹ Gilles Deleuze, *Différence et répétition* (París: Presses Universitaires de France, 1968), 192.

no se limitan sólo a la tontería. Es cierto que en *Diferencia y repetición* Deleuze distingue la tontería [*bêtise*] del error, dado que el error consiste en la confusión de lo verdadero con lo falso¹² y la tontería, en la confusión de lo ordinario y lo extraordinario,¹³ en la incapacidad para pensar las verdaderas diferencias de la naturaleza. El error encarna lo que Deleuze llama “el negativo del pensamiento”,¹⁴ la incapacidad para pensar, en el marco de una imagen que reduce el pensamiento al conocimiento; la tontería, por su parte, simboliza el negativo del pensamiento en el marco de una imagen que intenta asignarle a éste la posibilidad de crear.¹⁵ Desde este punto de vista, el meditador cartesiano podrá evitar el error; pero, aun pensando verdades, no será un verdadero pensador, un creador, sino un tonto —a diferencia de Descartes que, entre otras cosas, inventa a este meditador—. Podríamos decir entonces que la tontería, en la medida en que no concierne al conocimiento sino a la creación, es efectivamente a-categoría, como consignaba Foucault. Nociva y negativa, aun si no concierne al conocimiento, sigue involucrando al pensamiento.

¿Qué decir del tratamiento que Deleuze y Félix Guattari realizan más tarde, en 1991, en *¿Qué es la filosofía?*, sobre la idiotez? El “viejo idiota”, escriben los autores, es quien “mantiene los presupuestos subjetivos” y quien “dudaría de todo”.¹⁶ Ambas afirmaciones constituyen el indicio de que el objetivo de este viejo idiota es el conocimiento y su mayor riesgo consiste en equivocarse. Efectivamente, Deleuze y Guattari se refieren al personaje de los diálogos de Nicolás de Cusa y de Descartes. Podemos deducir que este viejo idiota de *¿Qué es la filosofía?* se identifica con el tonto de *Diferencia y repetición*, y que todas las notas que caracterizaban

¹² Deleuze, *Différence*, 193.

¹³ Deleuze, *Différence*, 245.

¹⁴ Deleuze, *Différence*, 192.

¹⁵ Por ejemplo, Deleuze, *Différence*, 174 y 192.

¹⁶ Gilles Deleuze y Félix Guattari, *Qu'est ce que la philosophie?* (París: Éditions de Minuit, 1991), 60-61.

entonces a la tontería ahora definen esta forma de idiotez. ¿Qué sucede con aquello que Deleuze y Guattari llaman el “nuevo idiota”? El nuevo idiota no quiere conocer, sino “hacer de lo absurdo la más alta potencia del pensamiento, es decir crear”.¹⁷ Este último no corresponde a los personajes de Nicolás de Cusa y Descartes, sino al idiota de Dostoievski, a partir del cual Deleuze y Guattari construyen su propia figura del pensador: un creador de conceptos. El nuevo idiota evita así tanto el error como la tontería, su idiotez no es un defecto, sino una virtud. No implica una falta, sino una capacidad. Como puede verse, su definición se circunscribe todavía al pensamiento, sigue presuponiendo la asimilación del pensamiento con el bien y su negación, con el mal.

En cierto sentido, algunas tesis de Avital Ronell en *Estupidez* pueden interpretarse como un esfuerzo por extraer la estupidez de la esfera de la inteligencia. En la medida en que la estupidez no siempre está en conflicto con la inteligencia y hasta puede imitarla,¹⁸ la autora admite, por ejemplo, un análisis político de la estupidez, como lo que el propio Heidegger llamó una tontería [*Dummheit*]: su adhesión al partido nacional socialista. Ahora bien, cuando Ronell ofrece una definición, afirma que la estupidez es la voluntad de concluir, de cerrar un debate de una vez por todas.¹⁹ Observamos que, si bien Ronell da una definición afirmativa de la estupidez, por un lado, sigue siendo un riesgo a evitar y, por otro, no es seguro que trascienda la esfera de la inteligencia o al menos del pensamiento. De hecho, la autora ejemplifica esta voluntad de clausura con la intención hegeliana de completar el proceso dialéctico: “nada más estúpido, finalmente, que el saber absoluto de Hegel”.²⁰

¹⁷ Deleuze y Guattari, *Qu'est ce que*, 61.

¹⁸ Avital Ronell, *Stupidity* (Urbana y Chicago: University of Illinois Press, 2002), 10.

¹⁹ Ronell, *Stupidity*, 70.

²⁰ Ronell, *Stupidity*, 68.

¿Qué decir, luego, de la conclusión del libro de Valérie Deshoulières de 2005, *Metamorfosis del idiota*, según la cual, la idiotez consiste en un don que “pulveriza todo lo que fija el impulso vital [*élan vital*] del individuo: las formas, las leyes, los ideales, los hábitos”?²¹ Sin duda, en este caso, dados los ejemplos, comprendemos que la idiotez no concierne en exclusiva a la inteligencia o al pensamiento, sino al impulso vital del individuo. Aunque no pueda decirse que la autora emite un juicio positivo sobre la idiotez, tampoco pareciera que propone uno negativo; se limita a analizar su función.

Ahora bien, ¿se trata de una definición afirmativa desde el punto de vista lógico? No parece ser el caso, dado que si la idiotez es un don, Deshoulières aclara de inmediato que se trata de un “don negativo” y que “la idiotez dona retirando” [*donne en retirant*].²² ¿Qué retira, qué extrae? Justamente la interiorización de “las formas, las leyes, los ideales, los hábitos”.

La figura construida en 2013 por Philippe Mengue —a partir de los trabajos de Deleuze— en *Hacerse el idiota*, parece exhibir las mismas características que los análisis de Deshoulières. El idiota, afirma Mengue, es quien produce una “zona de indeterminación”.²³ ¿Qué significa esto? Que el idiota genera las condiciones para el advenimiento de una novedad, es decir, de un fenómeno absolutamente único e inexplicable desde un punto de vista estrictamente causal. Sin duda, como en la concepción de Deshoulières, en la de Mengue la idiotez también parece exceder los límites del pensamiento. Desde un punto de vista lógico, también diremos que se trata de una definición negativa, porque, por más que su actividad sea productiva, lo que se obtiene es una zona de *indeterminación*. Para decirlo más claro, la particularidad del idiota consiste en sustraerse a los códigos, las fronteras, las determinaciones; en ejercer una resistencia.

²¹ Valérie Deshoulières, *Métamorphoses de l'idiote* (París: Klincksieck, 2005), 178.

²² Deshoulières, *Métamorphoses*, 178.

²³ Philippe Mengue, *Faire l'idiote* (París: Germina, 2013), 77.

El idiota es quien no interiorizó ciertas normas, leyes o convenciones. Esto es lo que, con mucho más énfasis que Deshoulières, Mengue celebra en el idiota. En el fondo, pareciera que los dos autores toman la figura clásica de la idiotez y, en vez de condenar su anormalidad, su desvío respecto de una norma, se detienen en su posible función o valor. Pero, por cambiar de valor, la definición no cambia de forma. Es cierto, ya no concierne exclusivamente al pensamiento, pero sigue revistiendo cierto carácter negativo o privativo.

En síntesis, las concepciones actuales de la idiotez —para utilizar un término genérico²⁴— no replican punto por punto las notas de las definiciones clásicas y manifiestan diversos esfuerzos por dejarlas atrás; a pesar de esto, en ciertos casos puede observarse una supervivencia de, sino todas, algunas de ellas. Ahora bien, ¿cuáles son sus inconvenientes?

En primer lugar, uno podría preguntar —como lo hacen Rosset y Ronnell—por qué habría que pensar la idiotez en función de la inteligencia o del pensamiento. ¿No concierne también a otras dimensiones

²⁴ Genérico, pero no general o impreciso. Por un lado, las designaciones de los fenómenos en cuestión cambian de una lengua a la otra y también a través de la historia. Lo que una sociedad identifica con la idiotez no es lo mismo que otra, y lo que se identifica como idiotez en determinado momento no es lo mismo que lo que más tarde se reconoce, por ejemplo, como retraso mental. Cada uno de estos términos remite a un conjunto de fenómenos complejos y heterogéneos. Por lo tanto, se plantea el problema de hasta qué punto es deseable estabilizar el sentido de los términos. “¿Acaso es útil delimitar [arrêter] definitivamente la significación de los términos allí donde las ideas son todavía flotantes?”, preguntaba Henri Bergson en una de las sesiones de discusión para la elaboración del *Vocabulario técnico de la filosofía* de André Lalande. Henri Bergson, “Discussion à la Société française de philosophie”, en *Mélanges* (París: PUF, 1972), 503. Respecto al problema de la idiotez en particular, Patrick McDonagh advierte en su estudio de 2008, *Idiotez. Una historia cultural*, que “cualquiera que desee entender la historia de la idea de la discapacidad intelectual y de sus varios precursores genealógicos, como la idiotez, debe lidiar con el carácter resbaladizo de los términos claves”. Patrick McDonagh, *Idiocy: A Cultural History* (Liverpool: Liverpool University Press, 2008), 5. Con el término genérico de “idiotez” designamos entonces un conjunto de fenómenos complejos y variados cuyas fronteras, sentido y valor son lo que se discutirá a lo largo del artículo. En cada caso, se especificarán los términos utilizados por las fuentes analizadas.

de nuestra existencia? Tal vez quepa recordar que, para evitar esta asimilación, Robert Musil sostuvo en su conferencia de 1937 que la tontería [Dummheit] no se opone al intelecto, sino al espíritu o al ánimo como conjunto de pensamiento y sentimientos.²⁵ Mucho más contundente, Jean-Paul Sartre, en *El idiota de la familia*, refiriéndose a la concepción de la tontería de Flaubert, declaraba: “la peor tontería es la inteligencia.”²⁶

En segundo lugar, ¿cuánto caracterizamos un fenómeno cuando ofrecemos una definición negativa, al sólo decir lo que no es? Ya François Boissier de Sauvages, a veces considerado el fundador de la nosología moderna, en su *Nosologia methodica* de 1763, observaba esto respecto de las enfermedades en general: “El defecto y la privación no son nada positivo y no imprimen en el espíritu ninguna idea de enfermedad”.²⁷ ¿Qué idea de la idiotez imprime la privación de la inteligencia o del juicio? Tal vez no debamos conformarnos con pensar la idiotez como la negra oscuridad que se opone a la blanca luz del entendimiento; quizá debamos intentar encontrar su color específico.

Finalmente, tampoco quisiéramos dar por sentado su valor. ¿No sería posible que, como dice Nietzsche en *La gaya ciencia*, le hayamos quitado a la tontería [*Dummheit*] su buena conciencia y, creyendo que ella era el daño [*Schaden*], la hayamos dañado a ella?²⁸ Tal es, sin duda, la inspiración detrás de los tratamientos más o menos apologéticos que realizan Mengue y Deshoulières.

En cuanto a nuestro propio objetivo, no se trata, desde ya, de subestimar el dolor que un antiguo cuadro clínico pudo haber suscitado en los

²⁵ Robert Musil, “Sobre la estupidez”, en Robert Musil y Johann Eduard Erdmann, *Sobre la estupidez*, traducción de Francisco de Lara López (Madrid: Abada, 2007), 81-82.

²⁶ Jean-Paul Sartre, *L'Idiot de la famille*, tomo 1 (París: Gallimard, 1971), 331.

²⁷ François Boissier de Sauvages, *Nosologia methodica* (Amsterdam: Frères De Tournes, 1763), 59.

²⁸ Friedrich Nietzsche, *Die fröhliche Wissenschaft*, en *Werke in drei Bänden*, tomo 2 (Munich: Carl Hanser, 1954), § 328, 189-190.

pacientes y su entorno, ni de resucitar ciertos términos que, con razón, la psiquiatría de a poco abandonó.²⁹ Pero tampoco podemos aceptar su carga valorativa sin cuestionarla previamente. El desafío, en todo caso, consiste en interrogar si un determinado término poseía un valor asociado y cuál era ese valor. La toma de posición respecto a ese valor, al igual que la interrogación por cuánto de éste subsiste en las denominaciones actuales, son cuestiones que postergaremos, dado que presuponen resolver la cuestión anterior.

¿Hasta qué punto entonces las características presentadas expresan con fidelidad la extensión, la naturaleza y el valor de la idiotez? Si dejamos de lado todo un grupo de ensayos que parecen utilizar el concepto en vez de definirlo,³⁰ creemos que existen al menos cuatro grandes grupos bibliográficos que se ocupan de él.

El primero es el filosófico, el cual se extiende desde las menciones platónicas a ciertos imbéciles [*elíthioi*] hasta las fuentes presentadas anteriormente; éste interpela sobre todo a los ya aludidos diálogos de Nicolás de Cusa y Descartes, la trilogía *Idiota y La búsqueda de la verdad mediante la razón natural*. El segundo es el literario y comprende, además de las obras referidas de Flaubert y Dostoievski, las de Conrad, Faulkner, Jean Paul Richter y Proust, por citar sólo las más recurrentes. El tercero es el de la psiquiatría clásica, que se extiende desde el Tratado de *Pinel*—punto de partida convencional— hasta la paulatina desaparición de los cuadros en cuestión a lo largo del siglo xx. Por supuesto, existe una prehistoria de estos cuadros, por ejemplo la *mórosis*, la *hebetudo*, la *consternatio*,

²⁹ Nosotros, sin embargo, habremos de conservarlos, porque son los que utiliza cada autor, época y comunidad para expresar en cada caso un matiz particular de un determinado fenómeno. Cualquier sustitución por términos actuales, más apropiados para nuestra sensibilidad contemporánea, conllevaría el riesgo de desfigurar los fenómenos en cuestión.

³⁰ Pensamos, por mencionar sólo dos casos célebres, en el trabajo de Paul Tabori de 1959, *The Natural Science of Stupidity*, o en el de Istvan Ráht-Végh de 1963, *From the History of Human Folly*, ambos traducidos como *Historia de la estupidez humana*.

la *stupiditas* de la medicina antigua, y la supervivencia de muchos de sus elementos en nuestras más modernas clasificaciones de enfermedades mentales. Finalmente, hay que referir a los numerosos estudios culturales que aparecieron en las últimas décadas, luego de la publicación de Anne Digby y David Wright en 1996 de los trabajos presentados durante la conferencia en Londres de 1992, “From Idiocy to Mental Deficiency”, y donde se recurre a materiales de todos los grupos anteriores.

En este artículo consideraremos el tercero, el de la psiquiatría clásica, a partir de sus mayores exponentes, como el ya mencionado Pinel, su discípulo Étienne Esquirol, Emil Kraepelin —a veces considerado el fundador de la psiquiatría científica moderna—, John Langdon-Down —conocido por el síndrome que lleva su nombre— o Alfred Binet y Théodore Simon, injustamente recordados como inventores de los *tests* de IQ.³¹

¿Qué valor podría tener esta historia para la filosofía contemporánea? Pareciera extraño considerar el presente de una disciplina a través del pasado de otra. En primer lugar, recordemos que el lugar de la locura —de la cual la idiotez formaba parte— era incierto, dado que, según la bipartición tradicional, las enfermedades del cuerpo quedaron como patrimonio de la medicina y las del alma, como patrimonio de la filosofía, y no era evidente si la locura presentaba o no causas orgánicas. También, la distinción misma entre la filosofía y la naciente psiquiatría no era tan clara, como se puede apreciar en el título del tratado de Pinel: *Tratado médico-filosófico sobre la alienación mental*. En tercer lugar, tal vez no sea demasiado aventurado suponer una influencia de la observación y clasificación psiquiátrica en la conceptualización filosófica. Sabemos hasta

³¹ Para familiarizarse con la historia de la transformación de la escala de Binet y Simon en la teoría del IQ, que a juicio de Stephen Jay Gould es la historia de un “desmantelamiento”, se recomienda consultar de este último autor *The Mismeasure of Man* (Nueva York: W. Norton & Company, 1996), 176-264.

qué punto Kant estaba al tanto de la medicina de su época gracias a la terminología que utiliza en el *Ensayo sobre las enfermedades de la cabeza* y las actualizadas menciones al hebdomadario *Der Arzt* que allí aparecen.³² En la medida en que Roger y Deleuze apoyan sus reflexiones en la obra kantiana, y Mengue en la deleuziana, tal vez no sea tan aventurado sospechar una influencia de la historia de la psiquiatría en la filosofía contemporánea.

Ante todo, rogamos al lector que tenga presente que nuestro objeto no es ni el cuadro clínico ni el personaje o concepto filosófico, sino una figura cultural de la cual los tres forman parte. Como tal, esta figura puede encontrarse en el pasado de la psiquiatría, pero no en su actualidad y, si bien se halla presente en la actualidad de la filosofía, los filósofos no siempre consideran el material que ofrece la historia de la psiquiatría. Tal vez este diálogo que intentamos establecer permita subsanar la distancia entre una conceptualización que deja de lado el material empírico e histórico y una historia que, como señala Patrick McDonagh, a veces acepta ciertos conceptos como categorías objetivas.³³ Finalmente, dado que la psiquiatría clásica es a veces demonizada —y no sólo por la filosofía contemporánea—, su análisis puede tener una función ejemplar: si entre las concepciones más duras de la idiotez, por decirlo de algún modo, encontramos matices, cabrá esperarlos en todas las demás.

¿En qué medida, entonces, la idiotez ha sido reducida a lo largo de la historia de la psiquiatría a un defecto mental? ¿De qué forma esta historia exhibe ciertos matices? Intentaremos mostrar, en primer lugar, cómo el viejo cuadro clínico desborda con amplitud la esfera de la mente

³² Imanuel Kant, “Versuch über die Krankheiten des Kopfes”, en *Gesammelte Schriften*, tomo 2: *Vorkritische Schriften II: 1757–1777* (Berlín: Königlich Preußische Akademie der Wissenschaften, 1905), 270.

³³ McDonagh, *Idiocy*, 11.

—para utilizar un término no menos genérico que el de “idiotéz”³⁴—, en tanto que concierne también a los instintos, las emociones, la voluntad y las llamadas “aptitudes morales”. En segundo término, veremos cómo algunos elementos de este cuadro, lejos de ser condenados, son celebrados; finalmente, cómo ciertos excedentes, a veces considerados excesos, pero otras fortalezas, lo caracterizan tanto como las privaciones y defectos. No vamos a sostener ni que la concepción de la idiotéz como defecto mental se encuentra ausente de la historia de la psiquiatría ni que es falsa, sino meramente incompleta. Nuestro objetivo es simple y humilde: mostrar cómo el cuadro clásico de la idiotéz es más extenso, complejo y ambivalente de lo que las características relevadas enseñan. En ningún caso el objetivo de nuestra argumentación consiste en intentar resucitar un viejo cuadro clínico o emitir algún juicio acerca de los cuadros actuales. Si hacemos alusión a las clasificaciones contemporáneas de las enfermedades mentales será ya sea para hacer visible un estado anterior de las cosas, gracias al contraste, o para mostrar la pertinencia del análisis para nuestro presente.

¿Finalmente, por qué dirigir nuestra atención hacia el idiota? Porque es el peor de todos los locos, el que los manuales y tratados de medicina solían dejar para el final, el incurable, el que fue considerado menos que un animal cuando el animal se consideraba menos que el hombre; porque, a causa de todos estos motivos, quizá sea, como señala Jackie Pigeaud en su biografía de Pinel, la figura que mejor permita reflexionar sobre la distancia con el otro y sobre la cuestión de la tolerancia.³⁵

³⁴ En efecto, una cosa depende de la otra. Desde ya, la teoría de las facultades varía con los autores, muchas veces dentro de un mismo autor a lo largo del tiempo y constituye un problema en sí mismo. En el presente artículo, estas variaciones siguen los movimientos de la idiotéz y en la medida en la que se precise su concepto, se precisarán las funciones y facultades en cuestión. Si en esta ocasión elegimos el término “mente” como término genérico, en vez de “razón” o “pensamiento”, por ejemplo, es porque es el que mayor resonancia posee en la historia de la psiquiatría y también en su actualidad. Como para el caso de los distintos cuadros clínicos, los nombres de las facultades que aparecerán posteriormente son los utilizados por cada autor.

³⁵ Jackie Pigeaud, *Aux portes de la psychiatrie. Pinel, l'Ancien et le Moderne* (Paris: Aubier, 2001), 336.

I. La mente y la inteligencia

Ante todo, y para asegurar nuestros pasos futuros, tal vez sea importante comenzar por preguntar a qué nos referimos en la psiquiatría clásica cuando definimos la idiotez como una privación o limitación mental. En este sentido, hay que resaltar en primer lugar que cuando los médicos del siglo XIX consideraban la idiotez como una privación, esto no concernía necesariamente a la mente en general, sino en particular a sus funciones intelectuales, al entendimiento o a la inteligencia. Por lo tanto, en este primer apartado, no se trata de matizar la imagen de la idiotez en cuestión —lo que haremos a continuación— sino de comprenderla mejor.

Comencemos entonces por recordar que Pinel definía la alienación muy precisamente como una “lesión del *entendimiento* en todas sus latitudes”.³⁶ Es cierto, todas las latitudes se ven concernidas, pero las del entendimiento. De la misma manera, el nieto de William Tuke, Samuel Tuke, recuerda en su *Description of the The Retreat* de 1813, que los idiotas —dicho sea de paso, excluidos de la institución— constituyen aquellos casos en los que se observa una “ausencia original de intelecto”.³⁷ Años más tarde, en 1861, Wilhelm Griesinger, recordado por modificar las condiciones de internación de los enfermos mentales en Alemania, afirmó que la principal facultad afectada en los estados de debilidad mental, en general (la idiotez, la imbecilidad y el cretinismo), es la inteligencia [*Intelligenz*].³⁸ Uno de los alumnos de Pinel, Étienne-Jean Georget, dijo luego que “los idiotas deberían ser ubicados entre los monstruos, puesto que, desde un punto de vista intelectual, es lo que son verdaderamente”.³⁹ Incluso Sigmund Freud,

³⁶ Pinel, *Traité médico*, 135.

³⁷ Samuel Tuke, *Description of the Retreat* (Filadelfia: Isaac Peirce, 1813), 134.

³⁸ Wilhelm Griesinger, *Die Pathologie und Therapie der psychischen Krankheiten: für Aerzte und Studierende* (Stuttgart: Adolph Krabbe, 1861), 325.

³⁹ Étienne-Jean Georget, *De la folie. Considérations sur cette maladie* (París: Crevot, 1820), 102.

si bien rara vez se refiere a estos fenómenos, opone cierto atontamiento [*Verblödung*] a la capacidad para realizar operaciones lógicas.⁴⁰

Tal vez resulte elocuente, en este sentido, observar el lugar preponderante que se le asigna a las funciones intelectuales en los cuadros herederos de la idiotez: el retraso mental, en la décima versión de la *Clasificación internacional de enfermedades* de la Organización Mundial de la Salud (CIE-10, de aquí en adelante) y la discapacidad intelectual, en la quinta versión del *Manual diagnóstico y estadístico de los trastornos mentales* de la Asociación Americana de Psiquiatría (DSM-V, en adelante).⁴¹ No diremos que, de acuerdo con estas clasificaciones, la idiotez consistiría hoy, desde el punto de vista clínico, en una deficiencia intelectual —nadie lo sabe—, pero tampoco que se disgregó en muchos cuadros distintos. Al seguir la evolución de los términos a lo largo de las sucesivas revisiones, se descubre, más bien, que los cuadros actuales que conciernen casi exclusivamente a una deficiencia intelectual fueron el último subterfugio de la idiotez. Respecto a ellos, los trastornos emocionales, para tomar un ejemplo de la CIE-10, o los disruptivos de los impulsos y la conducta, para tomar uno del DSM-V, se fueron independizando.

⁴⁰ Sigmund Freud, *Die Traumdeutung* (Leipzig y Viena: Franz Deuticke, 1919), 155.

⁴¹ Ésta es la definición general de retraso mental en la CIE-10: “Estado de desarrollo mental incompleto o detenido, caracterizado especialmente por un deterioro de las capacidades que se manifiestan durante la fase de desarrollo, capacidades que contribuyen al nivel global de inteligencia, por ejemplo, las funciones cognoscitivas, el lenguaje y las habilidades motrices o sociales. El retraso puede tener lugar con o sin otra alteración mental o física. Los grados de retraso mental se estiman, de manera convencional, a través de exámenes de inteligencia estandarizados”. Organización Mundial de la Salud. *Clasificación Estadística Internacional de Enfermedades y Problemas Relacionados con la Salud*. 10ª revisión (Washington: Organización Panamericana de la Salud, 2003), 356. La definición general de la discapacidad intelectual en el DSM-V: “La discapacidad intelectual (trastorno del desarrollo intelectual) se caracteriza por un déficit de las capacidades mentales generales, como el razonamiento, la resolución de problemas, la planificación, el pensamiento abstracto, el juicio, el aprendizaje académico y el aprendizaje de la experiencia”. Asociación Americana de Psiquiatría. *Manual diagnóstico y estadístico de los trastornos mentales*. 5ª edición (Arlington: Asociación Americana de Psiquiatría, 2014), 32.

En síntesis, de considerar a la idiotez como una privación mental, diremos ante todo que no se trata de una privación mental en general, sino en particular de una privación *intelectual*. Es más, en ciertos casos, incluso esta descripción resulta muy general. Paul Sollier, recordado como el médico de Marcel Proust, argumenta en su tesis doctoral, publicada en 1901 como *Psicología del idiota y del imbécil*, que el idiota no carece de inteligencia en general, sino concretamente de atención, y que ésta, a su vez, es inestable en los imbeciles y está ausente en los idiotas absolutos.⁴² Pocos años más tarde, Binet y Simon, en el marco de su compleja teoría de la inteligencia —cuya versión de 1908 agrupa facultades tan diversas como el carácter, la atención, el esfuerzo intelectual, los movimientos de escritura, la inteligencia de percepción, el dolor, la asociación de ideas, la actividad intelectual, la facultad aritmética, el razonamiento, la sugestibilidad [*suggestibilité*] y la docilidad— ajustan más el diagnóstico de Sollier. Al observar cómo Vouzin, un idiota de veinte años, se distraía cada vez que le alejaban una galletita, Binet y Simon afirmaron que Vouzin no carecía de atención en general, sino de la *persistencia en la orientación de la atención*.⁴³ Esto debe distinguirse tanto de la profundidad de la atención como del esfuerzo intelectual en general.

Eventualmente, siguiendo a Binet y Simon, el idiota no se caracterizaría por una privación mental, ni siquiera intelectual, sino por una privación en la orientación de la atención. Con lo cual, tal vez corresponda ahora, antes de explicar en qué sentido la idiotez trasciende la esfera mental, mostrar simplemente cómo trasciende antes la estrictamente intelectual para, entonces sí, afirmar con precisión que efectivamente concierne una privación mental.

⁴² Paul Sollier, *Psychologie de l'idiot et de l'imbécile* (París: Alcan, 1901), 133.

⁴³ Alfred Binet y Théodore Simon, "L'intelligence des imbeciles", *L'année psychologique* 15 (1908): 21.

A título de ejemplo consideremos ahora la sensibilidad. Los estúpidos, nos dice Georget, no sólo carecen de ideas. Los estúpidos son “indiferentes a todo lo que los rodea, insensibles a la acción de los objetos del entorno”; “su sensibilidad general está siempre debilitada”.⁴⁴ No obstante, cuando el autor consideraba al idiota como un monstruo, no lo hacía por este motivo, sino a causa de su limitación intelectual. Griesinger, en cambio, lo hace justo a causa de una limitación en la sensibilidad. Algunos idiotas, afirma este último, se encuentran en un estado de sueño completo, sin la menor percepción del mundo exterior. Dado que incluso los animales manifiestan sensaciones, concluye que “estos pobres idiotas se ubican muy por debajo de las sanas bestias” [*gesunden Thiere*].⁴⁵ La idiotez, aun cuando la consideremos en relación a la mente, no parece concernir únicamente a la inteligencia, sino también a otras facultades mentales: la sensibilidad, por ejemplo, pero también a la memoria, “imperfecta en el idiota y en el imbecil”,⁴⁶ o a la imaginación creativa, inexistente en el idiota y desregulada [*déréglée*] en el imbecil.⁴⁷

Por este motivo, no debe pasar desapercibida la diferencia entre la definición general de alienación de Pinel como “lesión del entendimiento en todas sus latitudes”, y la caracterización que, en su tratado, Kraepelin hará mucho más tarde sobre la idiotez más severa como “la postración completa de todos los impulsos espirituales” [*das völlige Darniederliegen*

⁴⁴ Georget, *De la folie*, 116.

⁴⁵ Griesinger, *Die Pathologie*, 375.

⁴⁶ Sollier, *Psychologie de l'idiot*, 192.

⁴⁷ Sollier, *Psychologie de l'idiot*, 208. Es cierto que ambas facultades son, para Sollier, manifestaciones de la inteligencia. Para evitar la confrontación entre las distintas teorías de la inteligencia y la problemática discusión de qué se entiende por ésta, sencillamente se podrá pensar en las consideraciones de Édouard Séguin, para quien la memoria y la imaginación son funciones independientes de la inteligencia; Séguin afirma que la memoria de los idiotas es limitada, aunque no pervertida, y que son incapaces de imaginación en la misma proporción que lo son de memoria Édouard Séguin, *Idiocy: and its Treatment by the Psychological Method* (Nueva York: William Wood & Co., 1866), 97, 192, 197.

aller geistigen Regungen]⁴⁸ En la definición general de Kraepelin se aprecia hasta qué punto la idiotez no puede reducirse a una limitación intelectual, aun cuando se le considere desde el punto de vista mental. Al mismo tiempo, sólo ahora estamos en condiciones de comprender qué significa exactamente esta limitación mental: no es única ni estrictamente intelectual porque concierne también a la sensibilidad, a la memoria y la imaginación. Se podrá discutir si estas facultades forman o no parte de la inteligencia. Si no lo hacen, comprendemos en qué direcciones la limitación mental desborda a la intelectual; si lo hacen, nos vemos obligados a extender y complejizar nuestra concepción de inteligencia, a tal punto que quizá comience a superponerse con nuestra concepción de la mente. En cualquier caso, lo que no está a discusión es que estas funciones también conciernen al cuadro de la idiotez y que éste traspasa los límites de la inteligencia o de una concepción muy estrecha de ella.

II. Sentimientos, instintos, voliciones

Para ser justos, Pinel nunca redujo la alienación ni la idiotez a lesiones del entendimiento. Escribió precisamente que el término “alienación” es feliz, para expresar lesiones del entendimiento en todas sus latitudes; pero caracterizó la alienación en general como “la lesión de las facultades intelectuales o *afectivas*”⁴⁹ y la idiotez en particular como una “abolición más o menos absoluta, ya sea de las funciones del entendimiento, ya sea de las *afecciones del corazón*”.⁵⁰ Finalmente, podemos comenzar a matizar la concepción de idiotez que la limita a una privación mental,

⁴⁸ Emil Kraepelin, *Ein Lehrbuch für Studierende und Ärzte*, tomo 4, parte 3 (Leipzig: Johann Ambrosius Barth, 1915), 2173.

⁴⁹ Pinel, *Traité médico*, 136.

⁵⁰ Pinel, *Traité médico*, 166. El subrayado es nuestro.

al observar que, desde el comienzo de la psiquiatría moderna, ésta no se limitó a la esfera de la mente, sino también a los sentimientos, afecciones o emociones. De hecho, en el artículo dedicado a la idiotez que redactó Ernest Chambard en 1889 para el *Diccionario enciclopédico de las ciencias médicas*, dirigido por Amédée Dechambre, la idiotez y la imbecilidad se distinguen, entre otras cosas, porque las funciones afectivas están “frenadas” [*arrêtées*] en el primer caso y “disociadas” en el segundo.⁵¹ De manera similar, se lee en el tratado de Kraepelin que mientras las formas más severas de idiotez no revelan prácticamente ninguna emoción [*Gemütsbewegung*],⁵² el estado de ánimo [*Stimmung*] está sujeto a múltiples fluctuaciones [*Schwankungen*] en la imbecilidad.⁵³ Si bien en la actualidad los trastornos emocionales y los del humor constituyen categorías independientes en la CIE-10, separadas de aquella reservada para el retraso mental; y en el DSM-V los trastornos depresivos o de ansiedad se han apartado de la discapacidad intelectual, e incluso de los trastornos del neurodesarrollo, es posible observar cómo las variaciones en la vida afectiva y emocional constituían una parte esencial del cuadro de la idiotez.

“Es un término feliz el de alienación mental, para expresar las diversas lesiones del entendimiento en todas sus latitudes”, afirmaba Pinel. Ahora comenzamos a dilucidar que las latitudes de la idiotez nos llevan más allá del entendimiento. Hacia un lado, podríamos aventurar, porque la idiotez concierne también a las emociones. Hacia abajo, diremos ahora, porque implica algo mucho más básico: el instinto. En efecto, Georget afirmó que los idiotas sólo disponen de algunos impulsos [*penchants*];⁵⁴ en los idiotas severos, durante la infancia, Kraepelin observó que no pre-

⁵¹ Ernest Chambard, “Idiotie”, en *Dictionnaire encyclopédique des sciences médicales*, serie 4, tomo 15, Amédée Dechambre, editor (París: G. Masson y P. Asselin, 1889), 508.

⁵² Kraepelin, *Ein Lehrbuch für Studierende*, 2173.

⁵³ Kraepelin, *Ein Lehrbuch für Studierende*, 2179.

⁵⁴ Georget, *De la folie*, 102

sentaban ningún impulso hacia la imitación [*Nachahmungstrieb*] o el juego [*Spieltrieb*];⁵⁵ Sollier sostuvo que la necesidad de comer es el único móvil de los actos de ciertos idiotas.⁵⁶ Esquirol, a los idiotas más graves, a los que son el “último término de la degeneración humana”,⁵⁷ les negó incluso el instinto de conservación, afirmó que “su existencia es toda vegetativa”,⁵⁸ que allí el hombre ha perdido todos sus atributos y se ha transformando en un monstruo que vegeta. Aun si la idiotez se considera como una falta o carencia, ésta no puede reducirse a una limitación intelectual, puesto que concierne también a los sentimientos y al instinto.

En tercer lugar, involucra a la voluntad. Esta dimensión del cuadro protagoniza la descripción de la estupidez y de los estados catatónicos que comúnmente se le asignan. Así, cuando Antoine Ritti presentó, en el diccionario de Dechambre, los síntomas psíquicos de la melancolía con estupor, que apoyado en los trabajos de Jules Baillarger consideró la variedad principal de la estupidez, aseguró que era posible observar en ella una suerte de “parálisis de la voluntad”.⁵⁹ Sin embargo, la voluntad forma parte de la descripción de todos los cuadros en cuestión. Esquirol señaló que la voluntad del imbécil carece de energía y que éstos “no piensan ni actúan sino por otro”;⁶⁰ Griesinger fundó su distinción entre dos tipos de idiotas en el hecho de que unos son “apáticos” [*apatische*] y los otros “excitados” [*erregte*];⁶¹ y si a lo largo de su *Psicología del idiota y del imbécil* Sollier continuamente condenó al imbécil y defendió al idiota, si consideró al imbécil como un ser peligroso y al idiota como uno

⁵⁵ Kraepelin, *Ein Lehrbuch für Studierende*, 2173.

⁵⁶ Sollier, *Psychologie de l'idiot*, 217.

⁵⁷ Étienne Esquirol, *Des maladies mentales* (París: J.B. Baillière, 1838), 322.

⁵⁸ Esquirol, *Des maladies*, 324.

⁵⁹ Antoine Ritti, “Stupidité” en *Dictionnaire encyclopédique des sciences médicales*, 461.

⁶⁰ Esquirol, *Des maladies*, 297.

⁶¹ Griesinger, *Die Pathologie*, 383.

amigable, fue porque el idiota posee una voluntad débil, mientras que el imbécil posee una voluntad inestable.⁶²

Buena o mala, débil o incluso inexistente, la voluntad forma parte de la descripción de la idiotez tanto como la inteligencia, los sentimientos o los instintos. De hecho, su importancia es tal que cuando “resulta en seria mala conducta”⁶³ lleva a instituir una categoría específica: la llamada “idiotez moral” o “imbecilidad moral”.⁶⁴

III. El bien y el mal

En efecto, para el psiquiatra del siglo XIX, el idiota no es sólo objeto de observación sino sujeto moral, como la locura en general, de acuerdo con los análisis de Foucault.⁶⁵ Esto significa dos cosas simultáneas que no necesariamente se relacionan entre sí. Por un lado, el idiota puede *hacer* el bien o el mal. Por el otro, el idiota puede ser bueno o malo. Lo segundo no siempre depende lo primero: el idiota no es malo esencialmente por hacer maldades. De hecho, como hemos visto, puede ser considerado un monstruo a causa de limitaciones perceptivas o intelectuales. Ahora, nuestro objetivo no consiste sólo en señalar que la idiotez se percibe desde un punto de vista que además de la esfera intelectual comprende la moral. Nuestro objetivo reside, además, en cuestionar si el idiota es necesariamente objeto de un juicio negativo. Tal vez esto requiera cier-

⁶² Sollier, *Psychologie de l'idiot*, 227.

⁶³ Alfred Frank Tredgold, “Moral Imbecility”, *Proceedings of the Royal Society of Medicine*, vol. 14 (1921) (Section of Psychiatry): 13.

⁶⁴ Mencionamos el artículo de Alfred Frank Tredgold sólo a título de ejemplo. *La idiotez o imbecilidad moral* se constituyó paulatinamente como un cuadro en sí mismo y devino como objeto de toda una bibliografía especializada.

⁶⁵ Michel Foucault, *Histoire de la folie à l'âge classique* (París: Gallimard, 1972), 237-239.

tas distinciones que hasta ahora hemos dejado de lado. Sin duda, como hemos visto, en el idiota se observa una cierta diferencia: algo hay, en él, diferente a los otros hombres, a “nosotros”. Esa diferencia, intelectual, perceptiva o instintiva, se mide y se determina como una falta, limitación, carencia o privación. Es algo que el idiota tiene de menos y no de más. En tercer lugar, esa falta o carencia se diagnostica como una deficiencia: es algo de menos que compromete su salud. Finalmente, esa deficiencia se evalúa de acuerdo con una norma, y se le interpreta como una anormalidad, una imperfección, deformidad, desvío, monstruosidad o degeneración.

La noción de defecto parece reunir los fundamentos de déficit y de imperfección. Sin tener nada de excepcional, la distinción de Chambard entre el idiota y el animal en el artículo referido, tal vez permita observar, una vez más, estas diversas maniobras: el animal, afirma Chambard, es un ser “limitado en sus operaciones, pero perfecto en su género y admirablemente armado para la concurrencia vital”, mientras que el idiota “es un ser no menos limitado, pero, además, inválido [*infrme*], fallido [*manqué*] en todo respecto”.⁶⁶ ¿Qué significa que el idiota sea limitado, inválido, fallido? Ante todo, *limitado* implica que, además de diferente, es carente, algo le falta. Luego, *inválido* representa, al menos, que esa carencia afecta su desempeño; aunque el término *infrme*, en el francés de la época, tal vez exprese otra cosa. Sin duda, se suma al concepto *fallido*, que indica que el idiota no sólo sufre o padece, sino que, a diferencia del animal, es imperfecto; no sólo diferente respecto de otro hombre, sino de una norma.

En el fondo, en ciertos casos, el diagnóstico de la idiotez involucra cuatro operaciones: una *observación*, donde se señala una diferencia; una cierta *medición*, gracias a la cual la diferencia se determina como un déficit,

⁶⁶ Chambard, “Idiotie”, 519.

falta o carencia; un *diagnóstico* propiamente dicho, de acuerdo al cual ese déficit se interpreta como una deficiencia; y una *evaluación*, que permite a la deficiencia constituirse como una anormalidad o degeneración.

En principio, ninguna de estas operaciones debería implicar a las otras y, de hecho, a veces no lo hace. Pensamos por ejemplo en la observación que, sólo diez años después que Chambard, dedicó William Ireland —recordado no sólo por sus estudios sobre la idiotez y la imbecilidad, sino por haber aplicado sus conocimientos psicológicos para explicar las alucinaciones de Lutero, Swedenborg y Juana de Arco, entre otros— particularmente a las aptitudes morales del idiota. “Podemos decir con honestidad —escribe Ireland— que idiotas y imbéciles parecen ser mucho más expertos en ocuparse de las relaciones morales de lo que uno supondría a partir de sus otras deficiencias”.⁶⁷ En este caso, la diferencia no implica una carencia sino una cierta pericia [*expertise*], tal vez no absoluta, pero relativa a las expectativas de la mirada clínica.

Ahora bien, si la diferencia no implica necesariamente una carencia, ¿no podría conducir también a otros diagnósticos y evaluaciones? Pensamos en esa suerte de ternura, casi paternal, que cada tanto trasluce en las páginas de Pinel, como cuando afirma que algunos idiotas son muy dulces.⁶⁸ Esta impresión algo vaga tal vez no permita apreciar con total claridad ni la independencia de las mencionadas operaciones ni las consecuencias entre ellas. Consideremos, por ejemplo, la ya referida *Psicología del idiota y del imbécil* de Sollier, donde, como referimos, se condena al imbécil por su peligrosidad y se elogia al idiota por su amigabilidad. “Los idiotas son unos extra-sociales, mientras que los imbéciles son unos anti-sociales”,⁶⁹

⁶⁷ William Ireland, *The Mental Affections of Children. Idiocy, Imbecility and Insanity* (Londres: J. & A. Churchill, 1898), 344.

⁶⁸ Pinel, *Traité médico*, 174.

⁶⁹ Sollier, *Psychologie de l'idiot*, 69.

escribe Sollier; los idiotas son individuos “*incompletamente desarrollados*”, mientras que los imbéciles son individuos “*anormalmente, irregularmente desarrollados*”;⁷⁰ “los primeros pertenecen a la categoría de los impotentes, de los débiles que debemos proteger, es decir, tomar bajo nuestra responsabilidad [...] los segundos pertenecen, al menos la mayor parte, a la de los seres nocivos [*nuisibles*]”.⁷¹

¿Qué operaciones hallamos aquí? La sociabilidad de los idiotas e imbéciles podría ser resultado de una mera observación, aunque en este caso, el médico aparenta compartir las convenciones de la sociedad de referencia: la sociabilidad podría también ser producto de una evaluación. La impotencia y debilidad de los idiotas, luego, presuponen como mínimo una medición, aunque también un diagnóstico, dado que implican una protección y responsabilidad por parte del médico y de la sociedad, parecen comprometer la salud. Tal vez la nocividad forme parte de este diagnóstico, en la medida en que sea autoinfligida. En este caso, concierne ante todo a la nocividad de los imbéciles en relación a los demás, lo cual supone más bien una evaluación.

En cuanto a la irregularidad en el desarrollo de los imbéciles, bien podría consistir en el resultado de una mera observación. Aquí, junto con la anormalidad, también se trata del resultado de una evaluación. El caso del carácter incompleto en el desarrollo de los idiotas quizá el más complicado. Por un lado, querríamos asimilar lo completo a lo normal y considerar que este carácter incompleto es resultado de una evaluación. Sin embargo, es justamente parte de lo que distingue al idiota del imbecil: uno es incompleto; el otro, anormal. De lo que no caben dudas, es que esta anormalidad es resultado de una evaluación. Pero esta última

⁷⁰ Sollier, *Psychologie de l'idiot*, 227.

⁷¹ Sollier, *Psychologie de l'idiot*, 229.

alcanza toda su claridad en la siguiente sentencia final: “uno [el idiota] es bueno, el otro [el imbécil] malo [*mauvais*]”.⁷² En el caso del imbécil, entonces, la nocividad y su carácter antisocial, hacen de él un anormal y alguien no sólo malvado, sino malo. En el caso del idiota, su debilidad, su impotencia, su carácter antisocial, hacen de él alguien incompleto, pero, no obstante, bueno.

¿Qué conclusiones permiten extraer las tesis de Sollier? En primer lugar, de modo general, es posible afirmar que la descripción de la idiotez no se restringe a la esfera intelectual y que incluye la esfera moral. En segundo lugar, que el idiota no es necesariamente objeto de un juicio negativo: para Sollier, a diferencia del imbécil, el idiota es bueno. En tercer lugar, más preciso, podemos sostener que el juicio de valor se realiza a pesar de la determinación de un déficit o una deficiencia. El idiota es bueno, de acuerdo con Sollier, pero no por ser dulce o experto, como para Pinel o Ireland. El idiota ahora es bueno, pero no lo olvidemos, débil e impotente. Observamos finalmente que el juicio de valor, en este caso, depende de las aptitudes morales. Antes, el idiota había sido considerado un monstruo desde el punto de vista intelectual, por ejemplo. Ahora, el imbécil es malo *porque* es malvado. Al contrario, si el idiota no es malo, es porque no es antisocial, sino extrasocial. En conclusión, si bien en la actualidad los trastornos ligados al control de los impulsos y de la conducta han sido separados de las discapacidades intelectuales (DSM-V), y los trastornos del comportamiento lo han sido del retraso mental (CIE-10), el antiguo cuadro de la idiotez no sólo incluía la relación del idiota con la moralidad sino que, en ciertos casos, esa relación constituía el fundamento de un juicio moral: siempre distinto, en general limitado, el idiota podía ser bueno o malo y esta evaluación, en ciertos casos, dependía de sus aptitudes morales.

⁷² Sollier, *Psychologie de l'idiot*, 227.

IV. Del déficit y el defecto al exceso y la fortaleza

Los idiotas o imbéciles, según Binet y Simon, “no difieren de los normales como difieren ciertos alienados por lo inesperado de algún fenómeno bizarro [...] la diferencia no está de más, sino de menos”.⁷³ A diferencia del loco, que se define por un más, el idiota se definiría por un menos. Ahora bien, si el juicio respecto a los idiotas es a veces positivo y el juicio moral no se apoya siempre en una aptitud moral, ¿no podría suceder que el idiota se caracterizara no a partir de ciertos excesos, sino de ciertos excedentes e incluso fortalezas más allá de sus aptitudes morales? ¿No podría acontecer que sus diferencias no sean determinadas como carencias y evaluadas como imperfecciones o degeneraciones?

No pensamos en los “accesos [*quintes*] muy vivos y muy iracundos [*emportées*]”,⁷⁴ ni en la capacidad de los idiotas para no preocuparse por su destino o hacerse reproches.⁷⁵ Tampoco nos referimos a la facilidad para reír que Chambard detecta en los idiotas,⁷⁶ ni al onanismo “desenfrenado” que señala Esquirol con insistencia⁷⁷ —todavía presente en la CIE-10 como “masturbación excesiva”, entre los trastornos emocionales y del comportamiento de la niñez.⁷⁸ En efecto, estas características podrían considerarse excesos que, no sólo son objeto de un juicio negativo, sino que además no siempre implican un excedente, una presencia, una actividad. Tal como señalamos que el exceso en el uso de los principios lógicos que analiza Roger o la inteligencia que Rosset le atribuye a la tontería corresponden, en realidad, a un defecto del espíritu crítico, los accesos de ira o la facilidad para reír podrían ser parte simplemente de una forma de incontinencia y, por lo tanto, reverso o efecto de una debilidad.

⁷³ Binet y Simon, “L’intelligence des imbéciles”, 122.

⁷⁴ Pinel, *Traité médico*, 174.

⁷⁵ Kraepelin, *Ein Lehrbuch für Studierende*, 2175.

⁷⁶ Chambard, “Idiotie”, 523.

⁷⁷ Esquirol, *Des maladies*, 301, 316, 320, 336, 379, 391.

⁷⁸ OMS, *Clasificación Estadística Internacional*, 374.

Nos referimos, por ejemplo, a la habilidad manual o a la sensibilidad musical, tan recurrentes en las descripciones de la idiotez. “Nada es más instructivo a este respecto que asistir a un concierto dado delante de un público de idiotas e imbéciles. [...] Escuchan en general con una atención mezclada de respeto y aplauden a ultranza, pero no indistintamente”.⁷⁹ *A ultranza, pero no indistintamente*, es decir, en abundancia, pero no sin mesura. De forma anómala, pero no deficitaria ni monstruosa.

Penin, relató luego Bénédic Morel en sus estudios clínicos de 1852, tenía 58 años y llevaba 32 internado. Su lenguaje era incomprensible y parecía adaptado sólo para los animales que cuidaba. Pero un día se apoderó de un tambor y, luego de algunos intentos fallidos, terminó por dominarlo, convirtiéndose en el baterista del asilo.⁸⁰ Es cierto que, en estos casos, cabe preguntar si el médico compara las competencias de un idiota determinado con otros o con individuos que juzga normales. Pero entonces recordemos, por ejemplo, al célebre Blind Tom, el idiota ciego, esclavo emancipado, cuyo talento musical hizo que, de acuerdo con Édouard Séguin, “las masas atravesaran millas para escucharlo”.⁸¹ Como señala Joseph Straus, tal vez sea falso que Thomas Wiggins —tal era su verdadero nombre— no tuviese formación musical alguna, probablemente su manager y su previo amo hayan exagerado su condición por motivos comerciales.⁸² Al mismo tiempo y con todas las dificultades de proyectar cuadros actuales en el pasado, Straus muestra cómo el autismo de Thomas Wiggins, en general, hoy ha sido admitido. De todos mo-

⁷⁹ Sollier, *Psychologie de l'idiot*, 130.

⁸⁰ Augustin Bénédic Morel, *Études cliniques. Traité théorique et pratique des maladies mentales* (Nancy y París: Grimblot et Veuve Raybois y J.B. Baillière, 1852), 49.

⁸¹ Séguin, *Idiocy*, 405.

⁸² Joseph Straus, “Idiots Savants, Retarded Savants, Talented Aments, Mono-savants, Autistic Savants, Just Plain Savants, People with Savant Syndrome, and Autistic People who are Good at Things: A View from Disability Studies”, *Disability Studies Quarterly*, 34/3 (2014) DOI: <http://dx.doi.org/10.18061/dsq.v34i3>

dos, para no limitar nuestras observaciones al campo de la sensibilidad musical, sin duda el más recurrente, mencionaremos también el caso de Gottfried Mind, un cretino más o menos imbécil, según Ireland, pero tan talentoso dibujando gatos que sus trazos le valieron el nombre de Rafael de los Gatos [*Cats' Raphael*] y fueron exhibidos en galerías de Inglaterra, Rusia y Alemania.⁸³ Sin duda, el talento y la creatividad son difíciles de juzgar; pero si lo es su abundancia, también debería serlo su escasez.

Más significativos aún son los casos que conciernen a las facultades mentales: al desarrollo “considerable, e incluso excepcional de la imaginación”;⁸⁴ a la asociación de ideas, que condujo a Binet y Simon a decir que “si diésemos un premio a la velocidad, aquí ganarían los idiotas”;⁸⁵ a la memoria fenomenal⁸⁶ y, sobre todo, a la facultad aritmética. Se recordará, por supuesto, el caso de aquel imbécil de doce años, que luego de dos años y medio de internación no podía recordar el nombre de su médico, John Langdon Down, pero era capaz de multiplicar tres figuras por tres figuras en el tiempo que a Down le tomaba escribir las seis cifras en el papel.⁸⁷ Se puede objetar que muchos de estos casos corresponden a la categoría especial de los *idiots savants*. Tal es justamente nuestro objetivo: subrayar que esta categoría también forma parte del cuadro clásico de la idiotez y, junto con ella, el talento intelectual. Así como la categoría de los imbéciles morales revela que la idiotez no se limita a la esfera mental, la de los *idiots savants* muestra que, dentro de la esfera intelectual, la idiotez puede caracterizarse por una extraordinaria capacidad.

⁸³ Ireland, *The Mental Affections of Children*, 345-346.

⁸⁴ Chambard, “Idiotie”, 508.

⁸⁵ Binet y Simon, “L'intelligence des imbéciles”, 66.

⁸⁶ Alfred Frank Tredgold, *Mental Deficiency* (Amentia) (Nueva York: William Wood & Co., 1908), 273.

⁸⁷ John Langdon Down, *On Some of the Mental Affections of Childhood and Youth* (Londres: J. & A. Churchill, 1887), 101.

Conclusión: la idiotez en todas sus latitudes

A diferencia del loco, el idiota o el imbécil, decían Binet y Simon, parece tener algo de menos y no de más. En el idiota, escribía Samuel Tuke, se observaba una ausencia original de intelecto. El imbécil es malo, juzgaba Sollier. Con lo cual, no cabe duda: en las fuentes clásicas de la psiquiatría, la idiotez era considerada como una limitación o carencia; esa carencia es definida —y ocasionalmente reducida— como una limitación mental e incluso intelectual; y finalmente concebida como un defecto. Sin embargo, hemos mostrado, muchas veces con las mismas fuentes, que el cuadro clásico de la idiotez puede también implicar otro tipo de alteraciones mentales, como las de la sensibilidad, la memoria o la imaginación, por ejemplo; que implica otras alteraciones, como las aptitudes morales, la voluntad, los sentimientos y el instinto; que en ciertas ocasiones estas últimas pueden ser objeto de juicios positivos y que éstos pueden concernir en particular a las aptitudes morales del idiota; y finalmente, que estas alteraciones pueden formar parte de un excedente y no una carencia —incluso celebrado como una fortaleza intelectual. Por supuesto, las observaciones, mediciones, diagnósticos y evaluaciones a veces se superponen y combinan elementos de distinto orden. Así, la diferencia se determina como carencia, la carencia se diagnostica como deficiencia y la deficiencia se evalúa como degeneración o monstruosidad. Se entretije entonces una imagen del idiota cuyos elementos persisten y a la que le alcanza para, con más o menos matices, juzgar el desempeño de la mente o del pensamiento. Los textos analizados prueban, sin embargo, cómo el cuadro clásico desbordaba esta imagen y revelan hasta qué punto esta imagen implica un determinado recorte y cierta selección del material clásico.

Referencias

- Asociación Americana de Psiquiatría. *Manual diagnóstico y estadístico de los trastornos mentales*. 5ª edición, traducción a cargo del Cibersam (Centro de Investigación Biomédica en Red de Salud Mental). Arlington: Asociación Americana de Psiquiatría, 2014.
- Bergson, Henri. “Discussion à la Société Française de Philosophie”. En *Mélanges*, 502-507. París: PUF, 1972.
- Binet Alfred y Théodore Simon. “L’intelligence des imbéciles”. *L’année psychologique*, 15: 1-147, 1908.
- Boissier de Sauvages, François. *Nosologia methodica*. Amsterdam: Frères de Tournes, 1763.
- Chambard, Ernest. “Idiotie”. En *Dictionnaire encyclopédique des sciences médicales*, editado por Amédée Dechambre, serie 4, tomo 15, 507-527. París: G. Masson y P. Asselin, 1889.
- Deleuze, Gilles. *Différence et répétition*. París: Presses Universitaires de France, 1968.
- Deleuze, Gilles y Félix Guattari. *Qu’est ce que la philosophie?* París: Éditions de Minuit, 1991.
- Deshoulières, Valérie. *Métamorphoses de l’idiot*. París: Klincksieck, 2005.
- Esquirol, Étienne. *Des maladies mentales*. París: J.-B. Baillière, 1838.
- Foucault, Michel. “Theatrum philosophicum”. En *Dits et écrits I*, 943-967. París: Gallimard, 1994.
- . *Histoire de la folie à l’âge classique*. París: Gallimard, 1972.
- Freud, Sigmund. *Die Traumdeutung*. Leipzig y Viena: Franz Deuticke, 1919.
- Georget, Étienne-Jean. *De la folie. Considérations sur cette maladie*. París: Crevot, 1820.
- Gould, Stephen Jay. *The mismeasure of man*. Nueva York: W. W. Norton & Company, 1996.
- Griesinger, Wilhelm. *Die Pathologie und Therapie der psychischen Krankheiten: für Aerzte und Studirende*. Stuttgart: Adolph Krabbe, 1861.

- Ireland, William. *The Mental Affections of Children. Idiocy, Imbecility and Insanity*. Londres: J. & A. Churchill, 1898.
- Kant, Immanuel. “Versuch über die Krankheiten des Kopfes”. En *Gesammelte Schriften*, tomo 2: *Vorkritische Schriften II*: 1757–1777, 257-273. Berlín: Königlich Preußische Akademie der Wissenschaften, 1905.
- . *Kritik der reinen Vernunft* 1. En *Werkausgabe in 12 Bänden*, tomo 3. Frankfurt: Suhrkamp, 1968
- Kraepelin, Emil. *Ein Lehrbuch für Studierende und Ärzte*, octava edición, tomo 4, parte 3. Leipzig: Johann Ambrosius Barth, 1915.
- Langdon Down, John. *On Some of the Mental Affections of Childhood and Youth*. Londres: J. & A. Churchill, 1887.
- McDonagh, Patrick. *Idiocy: A Cultural History*. Liverpool: Liverpool University Press, 2008.
- Morel, Bénédict Augustin. *Études cliniques. Traité théorique et pratique des maladies mentales*. Nancy y París: Grimblot et Veuve Raybois y J. B. Bailliére, 1852.
- Musil, Robert. “Sobre la estupidez”. En Robert Musil y Johann Eduard Erdmann, *Sobre la estupidez*, 51-84, traducción de Francisco de Lara López. Madrid: Abada, 2007.
- Mengue, Philippe. *Faire l'idiot*. París: Germina, 2013.
- Nietzsche, Friedrich. “Die fröhliche Wissenschaft”. En *Werke in drei Bänden*, tomo 2. Munich: Carl Hanser, 1954
- Organización Mundial de la Salud. *Clasificación Estadística Internacional de Enfermedades y Problemas Relacionados con la Salud*. 10ª revisión, traducción a cargo del Centro Venezolano de Clasificación de Enfermedades. Washington: Organización Panamericana de la Salud, 2008
- Pigeaud, Jackie. *Aux portes de la psychiatrie. Pinel, l'Ancien et le Moderne*. París: Aubier, 2001.

- Pinel, Philippe. *Traité médico-philosophique sur l'aliénation mentale, ou la manie*. París: Richard, Caille et Ravier, 1800.
- Ráht-Végh, Istvan. *From the History of Human Folly*. Budapest: Corvina Press, 1963.
- Ritti, Antoine. “Stupidité”. En *Dictionnaire encyclopédique des sciences médicales*, editado por Amédée Dechambre, serie 3, tomo 12, 454-469. París: G. Masson y P. Asselin, 1883.
- Roger, Alain. *Bréviaire de la bêtise*. París: Gallimard, 2008.
- Ronell, Avital. *Stupidity*. Urbana y Chicago: University of Illinois Press, 2002.
- Rosset, Cément. *Le Réel. Traité de l'idiotie*. París: Minuit, 2004
- Sartre, Jean-Paul. *L'idiot de la famille*, tomo 1. París: Gallimard, 1971.
- Séguin, Édouard. *Idiocy: and its Treatment by the Psychological Method*. Nueva York: William Wood & Co, 1866.
- Sollier, Paul. *Psychologie de l'idiot et de l'imbécile*. París: Alcan, 1901.
- Straus, Joseph. “Idiots Savants, Retarded Savants, Talented Aments, Mono-savants, Autistic Savants, Just Plain Savants, People with Savant Syndrome, and Autistic People who are Good at Things: A View from Disability Studies”. *Disability Studies Quarterly*, 34/3, 2014. DOI: <http://dx.doi.org/10.18061/dsq.v34i3>
- Tabori, Paul. *The Natural Science of Stupidity*. Philadelphia y Nueva York: Chilton Company Publisher, 1959.
- Tredgold, Alfred Frank. “Moral Imbecility”. *Proceedings of the Royal Society of Medicine*, vol. 14 (1921) (Section of Psychiatry): 13-22.
- . *Mental Deficiency (Amentia)*. Nueva York: William Wood & Co., 1908.
- Tuke, Samuel. *Description of the Retreat*. Filadelfia: Isaac Peirce, 1813.
- Wordsworth, William. “The Idiot Boy”. En *The Complete Poetical Works*, vol. II: 1798-1800, 64-85. Boston y Nueva York: Houghton Mifflin Company, 1919